

LA PIEDAD.

I.

EL DIA 2 DE FEBRERO DE 1652.

DESPUES de tratar del convento de Santo Domingo, parece natural seguir la historia de los que pertenecen á la misma órden, ya porque la armonía exige presentarlos coleccionados en un solo grupo, y ya porque á veces entre la existenciade unos y la de otros se nota un enlace íntimo. Este proceder observaremos igualmente respecto de los demas monasterios que no son de esta órden, y mientras les toca su vez, hablemos del Santuario de la Piedad.

¿Conoceis la calzada de este nombre? ¡habeis observado con atencion esa hermosa calle de árboles que no es mas que la prolongacion del Paseo de Bucareli, y que remata casi á la entrada de un templo de apariencia rústica? Al principio y por un lado se asienta Romita, cuyas avenidas de fresnos y sauces se estienden en todas direcciones como otros tantos brazos hospitalarios que no quisieran dejaros pasar adelante sin haberos estrechado.

En la misma línea os brinda sus placeres el *Petit Versailles*, que no ha menester condecorarse con un nombre tan pomposo para ser una bonita casa de campo.

Si proseguís, por ambos lados hallareis objetos en que la mirada se detiene complacida: ora es un sembrado de maíz, una *milpa*, cuyas hojas verdes ó secas segun la estacion, mece la brisa girando caprichosa y esmalta el sol con sus rayos mas apacibles; ora un plantío de magueyes que se presentan alineados como un ejército de vegetales; ora en fin, un prado extendido como una inmensa alfombra, donde pacen sosegadamente algunas vacas de ordeña.

Por último, despues de algunas millas de camino llegais al Santuario, que acompañado de algunas casitas y en medio del horizonte que le cerca, parece como encantado á la vista de Méjico que se pinta en las lomas del Tepeyac, de la sierra de Ajusco que se levanta como una muralla sombría, y de las frentes plateadas del Popocatépetl y el Istaxihualt, titanes que aun pretenden escalar el cielo.

Esta calzada fué construida de nuevo, segun nos informa el baron de Humboldt, bajo el vireinato de D. Juan de Mendoza y Luna, marques de Montesclaros, despues de la gran inundacion de Méjico ocurrida en 1604, y la nivelaron y alinearon los padres Torquemada y Gerónimo de Zárate, únicos sabios de aquel tiempo. De entonces acá no ha dejado de ser frecuentada por toda clase de personas, especialmente los dias festivos; pero nunca se ha visto en toda su estension un gentío mas numeroso que en el dia de la fecha apuntada al frente de este capítulo.

Era una mañana serena: el sol, que apenas asomaba por la cima del Telapón, heria oblicuamente las lomas de Santa Fe, las casas de Tacubaya, el alcázar de Chapultepec, lugar de recreo de los vireyes, y la calzada de la Piedad, por donde transitaba la gente levantando nubes de polvo. Tal parecia que los habitantes de la capital obedeciendo á una fuerza magnética, formaban una masa que se derramaba en direccion al Santuario como un rio caudaloso. Algunos caminaban de prisa, con semblante alegre, platicando y riendo como si fuesen meramente á un paseo; otros, formando reuniones numerosas, guiaban los pasos con medida, y sin distraerse á vista de los objetos que los rodean, van rezando en alta voz el rosario. Al llegar á la Piedad, un cuadro risueño y animado se ofrece á sus ojos. Las vendedoras de fruta, los gallardetes y cortinas que adornan la torre de la iglesia y las colgaduras de las casas de los vecinos, todo indica en el lugar una gran fiesta, un regocijo extraordi-



SANTUARIO DE LA PIEDAD.

nario. La plaza y parages que rodean la iglesia apenas pueden contener las olas de aquel torrente humano; y en medio del murmullo no interrumpido de voces que se cruzan, chocan y confunden para formar el acento prolongado, sostenido, variado, gigantesco y único de un solo pueblo junto, se recojen al vuelo estas y otras espresiones:

—¡Con que al cabo tenemos estreno!

—Ya no se quejaràn los padres, porque hasta les han sobrado limosnas.

—¡Méjico es capaz de todo cuanto quiere!

—No ha mucho los frailecitos no tenian un solo tomin, y lo cierto es que hoy vemos en pie un Santuario magnífico.

—Merced á nuestros sudores.

—¡Bien empleados! la sagrada imágen merece mucho mas.

—Y el señor virey ha contribuido con algo!

—Dió, segun dicen, una fuerte suma, y hoy asiste á la funcion.

—¡Qué gozo no tendrá el buen padre!

—¿Quién? ¿el predicador?

—No, el que trajo la bendita imágen.

—Vamos haciendo por entrar á la iglesia.

—¡Imposible! hay tanta gente! . . .

En este momento el repique de campanas convocaba á la misa, que con gran pompa iba á celebrarse. Poco despues comenzó y no concluyó sino hasta la una de la tarde.

Durante este tiempo los curiosos que no pudieron tener cabida en el templo, invadian el claustro y corredores del nuevo convento de dominicos, admirando las pinturas y la buena distribucion de las celdas. Todo estaba flamante, todo acreditaba la munificencia de los hijos de Méjico, y su amor á la Virgen de la Piedad, cuyo Santuario se abria entonces por primera vez.

Hacia poco tiempo en aquel parage no se veia mas que un terreno pantanoso, recién abandonado por las aguas de la laguna, y á la sazón estaba convertido en una pequeña aldea, merced á las personas que de la capital y lugares circunvecinos habian pasado á fijar su residencia á la sombra del Santuario. La devocion semeja al heroismo en la facultad de hacer prodigios.

Las danzas y festejos continuaron por el resto del dia, y en la noche terminó aquella solemnidad con fuegos artificiales, ó como entonces se llamaban, árboles de fuego.

II.

TRADICION.

Hallábase en Roma un religioso dominico con un encargo de su prelado, cuyo desempeño le hacia tomar informes acerca del pintor de mas fama en aquella ciudad de artistas. Dió con uno cuyo mérito corria parejas con su orgullo, y estando en el taller se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Quiero de vuestro pincel una imágen de María dolorosa.

—Está bien: la tendreis.

—Cuándo?

—No sé.

—Pero debo advertiros que regreso pronto á mi patria, y no puedo irme sin la imágen.

—La llevareis si está acabada.

—Yo soy un fraile mejicano que no viene á Roma sino para lograr esa obra con que enriquecer á mi convento.

—Ya habeis oido. . .

—Pero un esfuerzo para terminarla en breve. . .

—No trabajo sino cuando me viene la idea. . . la inspiracion si quereis.

—Eso es otra cosa! Pero cuento con la pintura?

—Sí.

—Deseo que represente á la Virgen con Jesús en los brazos y...

—Yo sé lo que debo hacer, y vendreis por vuestro cuadro cuando recibais mi aviso.

Despidióse el religioso desconsolado, presintiendo que acaso tendria que regresar á Méjico sin traer consigo el objeto que se le habia encargado.

En efecto, dias despues volvia el dominico á pisar los umbrales de la casa del pintor. Por su aire y ademanes podia adivinarse la zozobra que le agitaba.

—¿Qué me decís, amigo mio? preguntó con una sonrisa forzada.

—¿Lo que os digo? preguntó á su vez el artista con aire distraido y frunciendo ligeramente las cejas.

—Sí, del cuadro, replicó vivamente el religioso.

—¡Ah! . . . sí. . . olvidaba. . . está en bosquejo.

—¡Santo Dios! . . . en bosquejo, y tener que partir mañana mismo. . . sin dilacion. . . ¡en bosquejo!

—Yo no os determiné cuándo quedaria concluido.

—¡Vamos! no hay mas partido que. . . sin duda, la orden del prelado es terminante. . .

Aquí faltó la voz al religioso y permaneció en pie con los brazos cruzados, mientras el artista recobrando su calma habitual que parecia haber perdido un instante, prosiguió en sus quehaceres con una indiferencia aterradora.

—¡Venga ese bosquejo! exclamó al fin el dominico: llevándolo al prelado verá que no soy tan culpable como me creeria si compareciese sin él en su presencia:—tomad y pagaos, añadió encarándose á su interlocutor, y presentándole al mismo tiempo una bolsa llena de oro.

—¡Pero qué quereis? preguntó el pintor sorprendido.

—¡El bosquejo!

—¡Y de qué os servirá!

—No faltará en mi patria quien acabe el cuadro.

—¡Hum!

—¿Lo dudais? ¿creis por ventura que mis paisanos son lapones?

—No, pero. . . hablemos claro: para perfeccionar esta obra no hay mas que un pincel en la tierra, y es el mio!

—¡Y no contais con el cielo!

Por la primera vez en todo el curso del diálogo miró fijamente el artista al religioso. Su aspecto se habia dulcificado á los acentos de una alma que contrariada por el poder humano, pone su confianza en el divino: el númen del pintor pagó un tributo de admiracion á la sencilla religiosidad del fraile.

Un mes habia trascurrido despues de tan poco halagüeña entrevista, y el religioso, en compañía de un lego, navegaba en alta mar con rumbo á la América. Un frágil leño los separaba del abismo. No obstante, el océano habia sido hasta entonces para ellos el regazo de una madre, y el rumor de las olas el canto de una hermana que vela al lado de su hermano menor y le mece en la cuna.

Mas vino un dia en que la luz del sol parecia enfermiza. Poco á poco fué asomando por el horizonte una gasa opaca de niebla, que se dilató cubriendo el hemisferio como el velo de la muer-

te. Hubo un momento de calma espantosa en que pudieron oírse hasta las palpitations del corazón.

Empezó despues á hincharse la mar como un monstruo que se ensaña, y un huracan violento levantaba montes de agua, en medio de los cuales flotaba la nave como una gaviota. La tripulacion que en tal conflicto habia perdido hasta la última esperanza de salvarse, imploraba á veces misericordia, sin hacer caso de la maniobra. Todos los pasajeros estaban helados de terror, á escepcion de los dos compañeros mencionados.

—¿Padre mio, pereceremos?

—Ten confianza en la Estrella del mar, en la Virgen pura que con una mirada de sus divinos ojos serena las tempestades.

—Hagamos un voto á María Santísima.

—Sí que lo haremos, y sea este: si la Reina de los ángeles permite que el dibujo de su sagrada imágen que traemos en el buque se salve juntamente con nosotros, prometemos de fabricarle un santuario en los suburbios de Méjico, mendigando las limosnas necesarias para cubrir el costo; y por cuanto habrá de usar piedad con éstos sus humildes siervos sacándolos de la tribulacion en que se encuentran, luego que el pintor acabe la obra que ahora llevamos delineada, la llamaremos Virgen de la Piedad, y la espondremos en dicho santuario á la veneracion de los fieles.

Pasado algun tiempo los buenos frailes desembarcaban en Veracruz, y cargados con su precioso bulto se ponen en camino. Llegan á Méjico; saludan los muros de su ciudad natal despues de haber gustado el pan de la ausencia; pasan á su convento, y cuando desarrollan el lienzo delante de los prelados para mostrarles un bosquejo, quedan todos estupefactos al ver en su lugar una pintura acabada, que representa á María tal cual deseaba el religioso que la pintase el artista romano.

Inútil parece añadir que los dos compañeros de infortunio y de salvacion se dedicaron en seguida á cumplir su voto con el mismo empeño, con la misma eficacia que si aun no hubiera pasado la hora del peligro.

Tal es lo que refiere la tradicion acerca del origen del Santuario de la Piedad.

III.

EL CONVENTO.

Desde el principio estuvo unido á la iglesia un monasterio de dominicos, á quienes por un derecho indisputable correspondia cuidar del culto de la milagrosa imágen.

Este monasterio era de recoleccion, esto es, una casa en que se observaba mas estrechez que la comun de la regla, ó por lo menos, segun afirma el P. Florencia en su Zodiaco Mariano, en que vivian "muchos religiosos en esacta observancia, apartados del todo del tráfico de la ciudad, y dedicados del todo al servicio de Dios, y al cumplimiento de sus sagradas leyes y constituciones."

Posteriormente, y ya amortiguado el fervor primitivo, era tan solo una ayuda de parroquia correspondiente á Tacubaya y servida por un religioso de la misma orden, clérigo por sus costumbres mas bien que fraile.

Así es que la supresion de las órdenes de regulares no causó mas variacion en este religioso que ponerle en lugar del hábito una sotana, mientras que el convento sigue hasta el dia en el mismo estado, si no es la huerta que por haber pasado á otro dueño, va mejorando con el mayor cuidado que se pone en su cultivo.

Pasada la portería se ve la entrada al peristilo, en la parte superior de la cual está pintada la noticia siguiente:

Se reformó esta puerta y se acabó
de enlazar y secutar este claustro, dia
29 de noviembre de 1785 años.

El peristilo nada ofrece de notable, á no ser el brocal del pozo que ocupa su centro, y está formado de una sola piedra.

Antes de entrar á la galería que precede á la escalera por donde se sube al claustro, tropieza la vista con esta jaculatoria escrita en la portada:

Sit nomen Mariae
Benedictum
Ex hoc nunc, et usque
In seculum.
Mayo 17 de 1786.

El claustro es como todos. Si descendemos al templo nos encontraremos con una sacristía aseada y espaciosa, donde se respira fragancia y bienestar.

En el templo hay algunas efigies de notable primor, y con respecto á pinturas solo llama la atencion la de Nuestra Señora de la Piedad que ocupa el altar mayor, y es la imágen de María al pié de la Cruz teniendo en los brazos el difunto cuerpo de Jesucristo. En uno de los cuadros laterales del púlpito, se leen estos versos que resumen la tradicion acerca del origen milagroso de la Sagrada Imágen.

De romano pincel un religioso
Solicita la imágen de Piedad
Per encargo que lleva, y le es forzoso
Regresarse con tanta brevedad
Que aunque al pintor ocurre cuidadoso
Halla solo en bosquejo esta beldad.
El dibujo recoge, en pensamiento
Que en Méjico ha de darse el complemento.
A la vela se da, y una tormenta
Iba á haerle sepulcro de la nave:
Per la imágen se libra, á buena cuenta,
Y aun no da con la cuenta que le cabe;
Libre á Méjico arriba, y cuando intentá
Entregar el dibujo á quien lo acabe,
Se admira ya la imágen, con desvelo
Toda perfeccionada por el cielo.

La idea que presidió en la composicion de este cuadro es hermosa. María cercada de soledad, María al pié del patíbulo gimiendo en silencio en el instante supremo de su dolor, es una concepcion sublime.

No sin razon este Santuario, ha sido por tantos años el punto de reunion de todos los infortunios y de todas las miserias que buscan remedio. Levantado por la piedad de una generacion, se ha conservado por las que le sucedieron y se conservará por las venideras como una herencia inestimable. Todas las clases de nuestra sociedad niveladas por la desgracia no han salido jamás de su recinto sin llevar en el alma una esperanza, un perfume de consuelo.

ATZCAPOTZALCO.

I.

EL HORMIGUERO.

AÑOS despues de consumada la conquista de Méjico, y cuando los guerreros españoles demasiado éntretenidos en mejorar sus habitaciones en la capital apenas dejaban el recinto de esta para atender á sus primeros establecimientos en el valle, dos peregrinos de mas que mediana edad, en traje modesto y precedidos de un jóven que les servia de guia, entraban lentamente por la llanura que se dilata al norte de Tlacopan, hoy Tacuba.

Méjico en aquella época estaba rodeada por la laguna, y no se comunicaba con tierra firme sino por tres avenidas ó calzadas, que eran las de Iztapalapan, Tepeyacac y Tacuba: era propiamente una isla, un grupo aislado de casas blanquecinas, por cima de las cuales asomaban algunas manchas sombrías formadas por la verdura de los jardines; y nuestros dos personajes solian volver los ojos hácia ella para contemplarla en medio de una superficie tersa y brillante como el acero. Los primeros rayos del sol reflejaban sobre los puntos descollantes de los edificios, y la ciudad toda, medio oculta en la niebla dorada, tornasolada á veces, que empezaba á levantar el calor, parecia una ondina á quien sorprendia el astro rey medio dormida en su lecho espléndido.